

Julián Casanova

## **La venganza de los siervos. Rusia, 1917**

Barcelona: Crítica, 2017

### 1917. REVOLUCIONES SUPERPUESTAS

Julián Casanova se había aproximado ya al tema de la revolución rusa en otro libro sobre la Europa del siglo XX (2011), pero aprovechando el centenario ha ampliado el foco y ahora vuelve con *La venganza de los siervos*.

Dentro de los grandes ciclos revolucionarios del mundo contemporáneo, la revolución rusa ocupa un lugar esencial. No es Casanova el único que transita por estos parajes; por ejemplo, en 2016 vio la luz la traducción del libro de Pipes, investigación clave que interpreta el fenómeno como el crecimiento de un totalitarismo extraordinariamente violento y represor. Convertida en referente ineludible en cualquier estudio al respecto, la obra de Pipes entiende el proceso revolucionario como un golpe de estado dirigido por una élite de fanáticos sin respaldo popular, consolidado mediante el terror, un terror ejercido por los bolcheviques con elevado grado de aleatoriedad sobre una sociedad que lo soportará hasta fines del siglo XX.

Por su parte, la obra de M. Milosevic (2017) se abona a la tesis del tiempo largo de la revolución. Este trabajo está elaborado por una historiadora nacida y crecida dentro de un régimen comunista; plantea un concepto de la revolución como proceso temporal abierto y no concluso. No hace falta subrayar que un concepto de tal amplitud requiere la explicación de muchos actores y factores, quizás tantos como para desdibujar el sentido de la propia revolución. Milosevic sigue de cerca a Pipes y centra los orígenes de la revolución en el fracaso de las reformas de Alejandro II, el contexto crítico creado por la Primera Guerra Mundial y la larga tradición de movimientos revolucionarios en Rusia. 1917 fue un golpe de Estado perpetrado por los bolcheviques encauzando un descontento popular variopinto.

También Jorge Saborido (2017) ha publicado un estudio sobre la revolución rusa que, de momento, parece haber pasado desapercibido entre nosotros, pese a que procede de uno de los grandes historiadores latinoamericanos. El texto de Saborido es también una puesta al día de carácter bibliográfico para un público de habla española. Quizás deberíamos destacar su apuesta por recuperar el relato de un marxista como Víctor Serge (2011), cuyas memorias se notan en el tratamiento de la guerra civil. Saborido subraya el carácter frágil y tambaleante del poder bolchevique en 1919, cuando llega el propio Serge a un Petrogrado preparado para la evacuación ante el avance contrarrevolucionario. Saborido ahonda en fenómenos como el terror, tanto rojo como blanco, subrayando precisamente cómo las inmisericordes acciones de las tropas blancas van empujando a la masa campesina en brazos del bolchevismo, al que los campesinos contemplan como un mal menor.

Existe una perspectiva aún más amplia sobre los acontecimientos. Está presente por ejemplo en la última obra de Josep Fontana (2017), quien se aproxima al tema desde la visión de un siglo en el que el gran acontecimiento histórico que fue la revolución de 1917 impregna toda la historia universal hasta la actualidad: la propuesta de un sistema social diferente, el miedo al poder soviético, la construcción de un sistema de Estado de Bienestar como mecanismo de frenado de las aspiraciones sociales que pudieran ser aprovechadas por fuerzas comunistas, la Guerra Fría y sus implicaciones, el inicio de una época de enormes desigualdades, etc.

El parasitismo sobre los centenarios es algo bien propio de los historiadores. Nos interesa saber en qué sentido tienen lugar estas reescrituras de la revolución, toda vez que conocemos ya los trazos esenciales de, por ejemplo, la historiografía de la revolución francesa. Recordemos que esta se convirtió en un momento dado en un objeto de condena casi total por parte de un sector revisionista conservador de la historiografía que, bajo nuevas perspectivas y nuevas investigaciones, apenas percibió transformaciones decisivas o contempló el panorama de una revolución dedicada al exterminio y la destrucción. Esta corriente de revisión planteó la hipótesis de un proceso de reforma y cambio en la sociedad francesa antes de 1789 que habría sido truncado y arruinado por una revolución violenta.

La historia contrafactual ha intentado plantear también esta hipótesis en el caso de la Rusia zarista. La modernización económica del país, desde la década de 1890, sería la clave que permitiría abonar la tesis de una revolución destructiva de un supuesto proceso de evolución liberal en Rusia. Realidad imposible de

comprobar, o, quizás, una entelequia que ya destruyó la obra de Orlando Figes (2000), analizando el estrecho margen ofrecido a la modernización de Rusia por el zarismo. Esta cuestión, es decir, si el zarismo era capaz de evolucionar hacia un régimen liberal de homologación europea, está planeando también en la obra que es el objeto central de esta reseña.

Hay que decir que la obra de Casanova está destinada a convertirse en un material fundamental para el estudio en las aulas. Casanova es catedrático en Zaragoza, pero ofrece clases también desde hace años en la Central European University de Budapest. El contacto con el mundo centroeuropeo y oriental, en otro tiempo en la órbita soviética, ha impulsado un trabajo de síntesis que asume viejas visiones liberales sobre la revolución, en contraste con la historiografía soviética; pero bajo las nuevas perspectivas que el colapso de la URSS plantea, con la posterior apertura de archivos y la elaboración de trabajos que incorporan líneas temáticas renovadoras: el papel de las mujeres, el campesinado, los grupos nacionales no rusos, el lenguaje y los símbolos, etc. La apertura de los archivos facilitó el descrédito de las versiones estalinistas de la revolución y el avance de versiones liberales. Pero también hizo posible estudios locales y de microhistoria que hasta entonces habían sido impensables. Esto cambió el panorama historiográfico sobre la revolución.

El mito de la revolución liberadora ya no está presente en la obra de Casanova, que realiza aquí un ejercicio notable de honestidad histórica. No es posible glorificar la revolución de 1917, ya que dio lugar a un régimen dictatorial feroz. Realmente, los juicios de orden moral son muy poco útiles a la hora de proceder a la comprensión histórica de una revolución como la rusa, complejísima en los factores y procesos y de fronteras cronológicas difusas. En un libro de 200 páginas Casanova plantea su tesis de la superposición de diferentes revoluciones: una revolución liberal, la de febrero, el traspaso de poder a un gobierno de izquierda moderada, y finalmente la revolución de octubre, que supone la toma del poder por parte de los bolcheviques. Pero una revolución que no se agota en estos dos grandes hitos, porque alcanza su gran valor en la movilización de las mujeres, un sector de la sociedad que reclamó su protagonismo en los duros momentos de la escasez y en instantes posteriores. Una revolución que es caleidoscópica, en las antípodas de las visiones ya antiguas, sobre un proceso revolucionario nada lineal y ni mucho menos con un relato único.

El carácter decisivo de 1914 es subrayado a lo largo del libro en numerosas ocasiones. La Primera Guerra Mundial despoja al zar de su pátina de sacralización y derriba los muros éticos acerca de la violencia. Una autocracia

atrasada compite en los frentes bélicos con una potencia moderna como Alemania. La guerra agrava las tensiones sociales, hace proliferar la escasez, desarticula las redes de abastecimiento y convierte en pocos años al ejército ruso en una masa de auténticos revolucionarios, la mayoría de ellos campesinos deseosos de tierra. “La quiebra de este sistema (la autocracia rusa) no llegó, sin embargo, por la subversión o los disturbios sociales, por los conflictos internos, sino por acontecimientos externos, la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría” (p. 46). Durante el período 1914-18 estallaron las tensiones entre la limitada modernización y la paralización de cualquier reforma política. “La guerra de la que surgieron todas las calamidades” (cap. 2, pp. 47-74) hizo evidente que la autocracia zarista era un sistema prácticamente irreformable. De hecho, Figes demostró que las reformas de Stolypin, saboteadas desde el propio zarismo, eran el exponente de su incapacidad para estabilizar el sistema sociopolítico de un Estado enorme en lo territorial y con 160 millones de habitantes. Casanova reitera la importancia de la personalidad de Nicolás II y su esposa, nada proclives a facilitar una evolución constitucionalista, junto al hecho de que facilitarían con sus actos el descrédito de la corona. Es muy útil y esclarecedor que el libro incorpore una serie de fotografías sobre los *dramatis personae*, protagonistas del tiempo revolucionario a los que el propio autor dedica unas líneas.

Si el primer capítulo del libro traza la situación antes de la guerra y el segundo ahonda en el impacto de la guerra mundial sobre la sociedad, el tercero arroja luz sobre la compleja panoplia de conflictos y revoluciones de 1917: “1917: un volcán en erupción” es su título. En muchas ocasiones, la revolución de febrero es menospreciada y apenas ocupa lugar en los análisis o bien su estudio se realiza de una manera superficial. Siguiendo las nuevas perspectivas que le restituyen su valor, Casanova analiza pormenorizadamente ese período de ocho meses. Figes ya había subrayado la importancia de esta revolución y ahora en una páginas de gran interés, el historiador aragonés amplía el foco hacia la entrada en acción de las mujeres, tradicionalmente “ignoradas en los discursos y reivindicaciones de los partidos socialistas rusos” (p. 77) y absorbidas por la dinámica de los sóviets (pp. 131-133). Así, en esta información sobre el papel central de la mujer en el proceso revolucionario, Casanova revela el valor de síntesis actualizada de su libro. Es gratificante que al hilo de aquellas protestas, reaparezca la figura de E.P. Thompson y sus tesis sobre la economía moral de la multitud, pero ahora para recoger en las protestas y manifestaciones no sólo el deseo de un restablecimiento del status quo, sino también reivindicaciones de tipo político.

Es curioso que la movilización de miles y miles de mujeres en febrero fuera sucedida por un proceso revolucionario totalmente masculino.

El fin de la monarquía del zar abrió un período de extraordinaria inestabilidad en la que fue vital la desaparición de la sacralización regia, pues abrió la puerta a muchas reivindicaciones, al ejercicio de un nivel inusitado de violencia y a múltiples grupos sociales. Dos rasgos se subrayan sobre la revolución de febrero. El primero que no fue una sola revolución, sino múltiples revoluciones. El segundo, el carácter súbito de la irrupción revolucionaria.

El capítulo cuarto se dedica precisamente a la *segunda revolución de 1917*. La historiografía tradicional occidental había resaltado ya la importancia de la figura de Lenin y su visión de las cosas hasta comprender que era el momento de llenar el vacío de poder creado por el golpe de Kornílov. Casanova razona cómo el problema después será mantener el poder en manos bolcheviques, en lo que actuarían muchos factores locales, como las aspiraciones del campesinado y la correlación de fuerzas con los otros actores socialistas.

El capítulo final traza el proceso de construcción de la dictadura bolchevique, que Casanova reputa, como Figes, de un potente carácter burocrático. Para muchos será fundamental que el profesor Casanova se desembarace del lastre encomiástico que ha sido paradigma en muchos discursos de la izquierda. La revolución ya no es ese objeto casi divino, al que hay que rendir pleitesía: “Porque la revolución bolchevique, al rechazar la democracia y verse acosada por enemigos internos y externos, tuvo que silenciar a sus críticos, eliminar toda forma de oposición política y cultural y someter a una sociedad que no podía controlar por medios pacíficos o a través de la negociación. Del sueño revolucionario se pasó pronto a la pesadilla del terror, a la coerción sobre el campesinado, a los campos de concentración, a las ejecuciones en masa de la Cheka...” (p.149). Bajo mi punto de vista, es aún más valioso el hecho de que se vea esta dictadura, que echa a andar en 1920, como un régimen que no puede entenderse sin el entorno europeo, es decir, sin el debilitamiento de la democracia occidental subsiguiente a la guerra de 1914 y la emergencia de regímenes dictatoriales y fascistas.

El penúltimo capítulo es un epílogo dedicado a la construcción de la dictadura. Se pasa revista a la política de terror desplegada durante los años de la guerra civil, un proceso que se llevaría por delante a multitud de personas y convertiría al bolchevismo en un partido cada vez menos flexible y dedicado a convertirse en eje de un Estado dictatorial y centralizado. “Un terror designado a extirpar del

cuerpo social cualquier individuo o grupo concebido como socialmente dañino o políticamente peligroso” (p. 156).

El libro se cierra con una conclusión significativamente rotulada “Cien años después”. Efectivamente estamos ante una conclusión, porque se hace una recapitulación sobre aquellos factores, causas, desarrollo o consecuencias que están en el fondo de la revolución o revoluciones de 1917. Una recapitulación que es un debate con diferentes historiadores, por ejemplo con Pipes, aportando una visión enormemente rica sobre los debates de los historiadores. Sirva como ejemplo que, al tratar sobre los porqués de la transformación de la revolución de octubre en una dictadura se manejan diferentes factores: la escasa cultura democrática rusa, el fanatismo leninista, la quiebra de los rivales del bolchevismo en la sangrienta guerra civil, el surgimiento de una violencia de masas bastante similar a la que vivieron otros países europeos en la época de la primera guerra mundial. Si hay un caleidoscopio de revoluciones es porque hay un caleidoscopio de factores y actores en movimiento.

La revisión de la historia de la revolución se ha realizado en muchos frentes. Hemos mencionado cómo se incorpora el papel de la mujer; pero el libro de Casanova incorpora también las perspectivas locales, las investigaciones interesantísimas realizadas sobre determinadas regiones acerca de medios, estrategias y logros en la implantación del bolchevismo. Una perspectiva de gran interés, en la medida en que permite comprobar el proceso de las transformaciones en niveles locales, en los que las correlaciones de fuerzas y los factores pueden ser diferentes a los del centro político. Sin embargo, los estudios locales han sido vitales también para analizar la virulencia del terror desplegado durante la guerra civil. Parcialmente esta idea está presente también en el análisis de Milosevic, así como en el monumental trabajo de Pipes (2016: 546-611), al tratar del proceso de construcción del Estado del partido único. Pero, en general, Pipes realiza un análisis más global que local, o esto al menos en la traducción española de su primer volumen.

Uno de los grandes temas es el del campesinado, una masa de millones de personas que ven al estado como un opresor que sólo exige impuestos y del que sólo reciben represión. El problema de la integración de este campesinado en la sociedad moderna es algo que atraviesa la historia de Rusia durante el siglo XIX y hasta la revolución de 1917. En otro tiempo esta cuestión separó a los reformistas occidentalizadores de los eslavófilos, pero en la revolución de 1917 el campesinado tiene objetivos claros: paz y tierra. Aquí nace una de las grandes divergencias entre la tesis conservadora de Pipes y la de los historiadores

sociales, como Figes y Casanova. Cuando para Pipes la revolución alcanza su resolución en un golpe de estado bolchevique que, al no contar con el apoyo del pueblo ruso, tiene que derivar en un estado policíaco y en un régimen dictatorial; la historia social indica la presencia de una revolución caleidoscópica muy compleja, en la que los actores son diversos y la evolución de las cosas muy enmarañada.

El *modus operandi* de Casanova nos conduce cronológicamente desde la autocracia atrasada e incapacitada para transformarse en un régimen liberal hasta la imposición del régimen estalinista. Desde la autocracia se transita, a través del sueño igualitario inaugurado en febrero, hacia una dictadura moderna, como son modernas las dictaduras contemporáneas de Hitler y Mussolini. Sus objetivos son modestos: explicar un tema complejísimo en apenas 200 páginas. Ciertamente actualiza y pone al día la historiografía sobre la revolución, en un país como el nuestro que vivía hasta hace poco de viejos libros (Carr 1985), aunque quizás lo más importante es la adopción del marco conceptual que representa entender 1917 como un caleidoscopio de revoluciones: los campesinos frente a los terratenientes; los obreros ante los empresarios industriales, los rusos frente a las comunidades nacionales no rusas; las reivindicaciones femeninas, mientras los hombres se hayan en el frente; la de las elites reformistas empeñadas en dirigir la revolución inicial. Un conglomerado de conflictos que finalmente son aprovechados por los bolcheviques para tomar el poder.

Una de las virtudes del libro es que aporta una sustancial información acerca de las investigaciones de otros historiadores. Figes, Buldakov, Holquist, Read, aparecen citas en diferentes ocasiones. He aquí no sólo una evidencia más de la honestidad del historiador aragonés; el lector tiene aquí la posibilidad de guiarse en nuevas lecturas. Es recomendable completar estas visiones con la vocación de debate que se expresa en el libro de Saborido, un historiador experimentado en las tareas de plantear las innovaciones de la historiografía anglosajona.

Escribe bien Casanova. Es claro, conciso y elegante, lo que trabaja en favor de la utilidad del libro. Las visiones excesivamente ideológicas y dogmáticas no tienen cabida en este librito. Era hora de una puesta al día historiográfica. Fin del mito, pero no elevando nuevas mitologías, sino conociendo la complejidad del fenómeno histórico.

REFERENCIAS

- Casanova, Julián (2011): *Europa contra Europa. 1914-1945*. Barcelona: Crítica.
- Carr, Edward H. (1985): *La revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*. Madrid: Alianza.
- Figes, Orlando (2000): *La Revolución rusa, 1891-1924. La tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhasa.
- Fontana, Josep (2017): *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Crítica.
- Milosevic, Mira (2017): *Breve historia de la revolución rusa*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Pipes, Richard (2016): *La Revolución rusa*. Barcelona: Debate.
- Serge, Víctor (2011): *Memorias de un revolucionario*. Madrid: Veintisiete letras.
- Saborido, Jorge (2017): *La Revolución rusa cien años después. Historia e interpretaciones del acontecimiento más importante del siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.

Juan Carlos Pérez García

Profesor de Historia. IES Rodrigo Botet, Manises (Valencia)